

y de sus desconsoladoras obligaciones, podremos profesarnos siempre mutuo aprecio y amistad, y aseguro que si mi proceso no debía tener más resultados que captarme vuestra amistad, aún creería haber ganado mucho y no me quejaría de mi suerte.» Al día siguiente, 7 de octubre de 1840, Luis Napoleón quedó encarcelado en el fuerte de Ham.

## XXIV

## LA FORTALEZA DE HAM

Ham es una ciudad de cuatro mil almas, situada en el departamento del Somma. A la derecha, llegando de aquélla, se ve una vasta fortaleza, cuyo origen se remonta al siglo VIII y cuyo torreón fué construído por Luis de Luxemburgo, condestable de Saint-Pol, bajo el reinado de Luis XI. La ciudadela tiene la forma de un gran cuadrilongo flanqueado de cuatro torres redondas, las cuales se comunican entre sí por tres murallas; no hay más que una sola puerta, que se halla en el lado de la ciudad, y se entra por un puente levadizo sobre un foso seco. Al Sud y al Este, los muros de la fortaleza están bañados por el canal de San Quintín, y en medio del recinto se elevan dos construcciones de ladrillo que sirven de cuarteles. En la extremidad de una de ellas, frente á la puerta de la fortaleza y cerca del otro lado del rectángulo, se ha edificado una especie de cuartel que sirve de puesto militar, semejante á los de las fortificaciones de París y cuyas ventanas están todas defendidas con fuertes rejas. Allí es donde se encerraba á los prisioneros de Estado y donde se debía encarcelar á Luis Napoleón.

El mismo edificio fué, desde fines del mes de diciembre de 1830 hasta la amnistía de 1836, prisión de cuatro ministros de Carlos X, firmantes todos de los decretos que ocasionaron la caída del trono: el príncipe de Polignac, el conde de Peyronnet, M. de Chantelauze y el conde de Guernón de Ranville. Uno de ellos, M. de Peyronnet, escribía en 28 de agosto de 1831 estas líneas, reproducidas por el diario la *Quotidienne*: «La prisión de Ham está muy mal situada, y además es insalubre; las nieblas la rodean en pleno día, y el paseo se limita á una extremidad de muralla, de una treintena de toesas, donde solamente dos personas pueden marchar de frente.»

Luis Napoleón, condenado á prisión perpetua, llegó á la fortaleza de Ham el 7 de agosto de 1840. Por una extraña coincidencia era precisamente el día en que la *Belle-Poule*, mandada por un hijo de Luis Felipe, se presentaba á la vista de la isla de Santa Elena, donde iba á buscar las cenizas del emperador Napoleón para llevarlas triunfalmente á Francia.

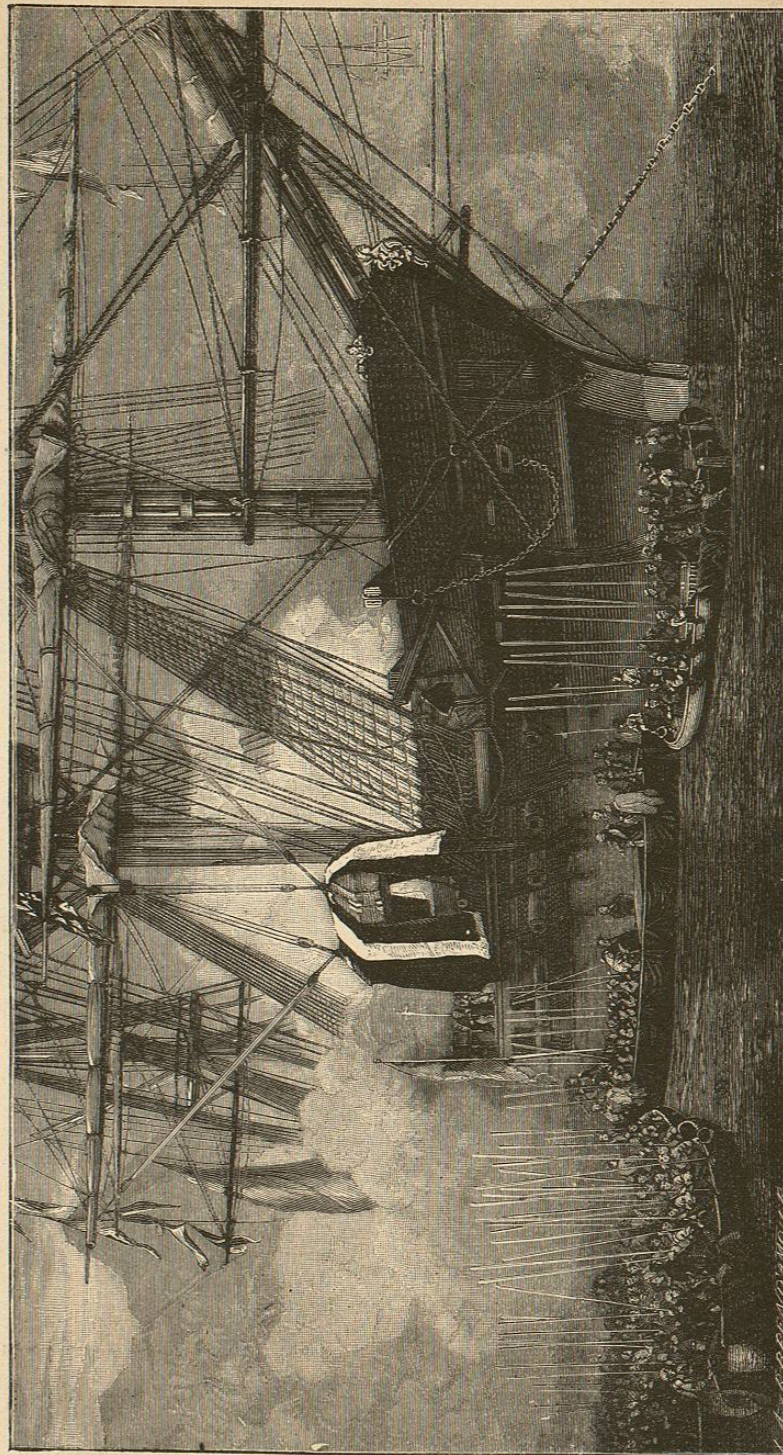
No era la primera vez que Luis Bonaparte se hallaba prisionero en Ham. Según hemos dicho ya, había estado detenido cuatro días, á raíz de la intentona de Boulogne. Llegó el 8 de agosto entre media noche y una de la madrugada

da, en un coche escoltado por dragones y en medio de tal obscuridad, que fué necesario alumbrar con hachas al postillón para que pudiese llegar á la puerta de la prisión. El general carlista Cabrera se hallaba entonces detenido allí, y se le trasladó á la habitación del piso bajo señalada con el número 1, para dar al príncipe los aposentos del primero, que tenían los números 7 y 9. En su curiosa obra titulada *Luis Napoleón en el fuerte de Ham*, M. Hachet-Stouplet ha referido que en aquel momento el comandante de gendarmería Lardenois, temiendo que el príncipe atentara contra su vida, le prohibió afeitarse por su mano, haciéndole entregar un cuchillo viejo y mellado que hacía largo tiempo no cortaba ya. Al mismo tiempo proscribió los libros, las plumas y lápices. Sin embargo, hasta en esta situación tan aflictiva, el príncipe esperaba todavía y con un carbón escribió en una de las paredes de su aposento: «La causa napoleónica es la causa de los intereses del pueblo; es la causa europea, y tarde ó temprano triunfará.» Y más abajo: «Salido de Inglaterra el 4 de agosto; llegado ante Vimereux el 5; desembarcado en Boulogne el 6; en este punto el 7, y en Ham el 8.»

Conducido de nuevo á la fortaleza de Ham el 7 de octubre, el príncipe fué encerrado en las mismas habitaciones que había ocupado ya, y si el alojamiento no era bueno, en cambio estaba bien custodiado. Cuatrocientos hombres de infantería ocupaban los cuarteles de la fortaleza, y sesenta centinelas diseminados por todas partes observaban una consigna rigurosa. En Boulogne, entre los oficiales que más se habían hecho notar por su firmeza contra el príncipe figuraba el comandante de la plaza, capitán Demarle, y por esto fué elegido para gobernador del fuerte y de la ciudad de Ham. Estaba encargado de ejercer la más rigurosa vigilancia sobre cuanto hiciera el prisionero, y daba cuenta minuciosa de todo al ministro del Interior.

Los primeros días de la cautividad del príncipe fueron muy penosos, pues no le habían dejado ningún compañero; pero este rigor no tardó en suavizarse y el gobierno le concedió el precioso favor de tener á su lado tres de sus más fieles amigos. Se reunieron, pues, en su prisión el doctor Conneau el 11 de octubre de 1840, el general Montholón, el 16 del mismo mes, y Carlos Thélin el 25 de mayo siguiente. El general y el doctor habían sido condenados, el uno á veinte años de prisión, el otro á cinco, y Carlos Thélin, el fiel servidor del príncipe, fué absuelto. Los tres solicitaron y obtuvieron autorización para ser encarcelados con Luis Napoleón, y á fe que de los cortesanos de la desgracia no podía haber para él otros más agradables.

Nacido en 1783, el general conde de Montholón pertenecía á una antigua y esclarecida familia militar y se había distinguido en Italia, en Austerlitz, en Jena, en Friedland y en Wagram. Ayudante de campo del emperador durante los Cien Días, le acompañó después á Santa Elena. El 30 de abril de 1821, como se sintiera cansado á causa de haber escrito mucho al dictado de Napoleón, que debía morir á los cinco días, el general Bertrand le propuso reemplazarle en la cabecera del enfermo; pero el emperador replicó: «Montholón me basta;



*Belle-Poule*, embarcación en la que fueron trasladadas de Santa Elena á Francia las cenizas del emperador Napoleón

culpa vuestra es si me he acostumbrado á sus atenciones, que son las de un hijo. Hoy no quiero ya ningún otro; él es quien recibirá mi último suspiro, y esta será la recompensa de sus servicios.» El general Montholón fué uno de los ejecutores testamentarios del emperador y el depositario de sus manuscritos. De regreso á Europa, publicó en 1823 las Memorias que debían servir para la historia de Francia en tiempo de Napoleón, y que éste le había dictado. Fiel al sobrino, como lo había sido al tío, pronunció ante el tribunal de los Pares las siguientes palabras para justificarse de haber tomado parte en la expedición de Boulogne: «He recibido el último aliento del emperador y yo le cerré los ojos: esto basta para explicar mi conducta.»

El doctor Conneau profesaba un cariño profundo á Luis Napoleón. Después de haber sido secretario del antiguo rey de Holanda, hizo en Florencia sus estudios médicos, y en 1831 tomó parte en la insurrección de las Romanías. De aquí marchó á Francia, desde donde escribió al príncipe Luis pidiéndole cartas de recomendación, á las cuales contestó éste invitándole á ir á Arenenberg; y tan bien acogido fué el doctor por la reina Hortensia, que ya no quiso separarse de ella. En el testamento de la reina se hallan las líneas siguientes: «Lego al doctor Conneau veinte mil francos de gratificación y un reloj, como recuerdo de su solicitud en cuidarme. Deseo mucho que mi hijo pueda conservarles consigo.» «Este último deseo, señores, dijo M. Barillón, defendiendo al doctor ante el tribunal de los Pares, se ha cumplido religiosamente, pues en ese banco de dolor veis á Conneau junto al hijo de su bienhechora.» Blondel no fué más fiel á Ricardo Corazón de León que el doctor Conneau á Luis Napoleón.

En cuanto á Carlos Thélín, modelo de servidores, en el momento de ver al príncipe huir hacia la playa de Boulogne había hecho todo cuanto estaba en su mano para salvarle, ayudándole á embarcarse de nuevo. Thélín prefería mil veces la cautividad con su amo á la libertad sin él. M. Capo de Feuillide ha escrito: «Thélín se honra desde su infancia con el título y las funciones de ayuda de cámara del príncipe, que le distingue dándole el título de amigo.»

He aquí, según M. Hachet-Stouplet, cómo se instalaron en la parte de la fortaleza que se les destinó Luis Napoleón, el general de Montholón y el doctor Conneau:

## PISO BAJO

## Puerta.

- Núm. 1. — Habitación que servía de capilla.
- » 2. — Despacho del general de Montholón.
- » 3. — Sala de baños.
- » 4. — Alcoba del general.
- » 5 y 6. — Cuerpo de guardia.

## Escalera.

## PRIMER PISO

- Núm. 7. — Despacho del príncipe.
- » 8. — Alcoba del doctor Conneau.
- » 9. — Alcoba del príncipe.
- » 10 y 11. — Habitaciones cuyas puertas estaban condenadas.
- » 12. — Laboratorio.

## Escalera.

El suelo de las habitaciones estaba embaldosado muy desigualmente, había agujeros en los techos, tapicerías desgarradas y ventanas que cerraban mal.

Sin embargo, el príncipe no se quejaba de su nuevo albergue. «Ya estoy instalado, escribía á Mme. Salvage el 16 de octubre de 1840; tengo buena cama, cortinas blancas, mesa redonda, cómoda y seis sillas.» También había en su habitación un espejito de seis centímetros por diez, un calorífero de porcelana y dos mesitas de pino sobre las cuales se veían objetos de tocador, de plata, con las armas imperiales.

La habitación señalada con el número 7, que servía á la vez al príncipe de despacho y de salón, no tenía más muebles que una mesa escritorio de caoba, una cómoda vieja, un canapé, un sillón, cuatro sillas de paja y un biombo, que el prisionero había puesto allí para preservarse de las corrientes de aire. Se había entretenido en adornar este biombo con caricaturas del *Charivari*, cuidadosamente recortadas. Poco á poco agregó á este ajuar algunos grabados relativos á la historia del Imperio, un retrato de su madre, los bustos de Napoleón y de Josefina por Charvet, y cierto número de libros y diarios, particularmente una colección del *Moniteur* y cincuenta volúmenes del *Journal des Debats*. Libros y diarios estaban colocados sobre tablas de madera blanca sujetas en la pared; y ya veremos más adelante qué uso hizo el prisionero de una de ellas. El conde de Remusat, ministro del Interior, concedió un crédito de seiscientos francos para hacer algunas reparaciones absolutamente necesarias, y señalaronse siete francos á cada uno de los prisioneros para su alimento cotidiano. De su cocina se había encargado el portero, que tenía la cantina. El traje del príncipe consistía, ya en un capote militar, con gorra de agente de orden público, ó bien levita azul y kepis encarnado con cordoncillos de oro. Se levantaba todas las mañanas á las seis y trabajaba hasta la hora de almorzar, es decir, hasta las diez; paseábase después un rato por las murallas, y luego continuaba sus trabajos hasta que se servía la comida. Por la noche jugaba al *whist* ó al ajedrez con el general de Montholón y el doctor Conneau. Todos los domingos el cura de Ham iba á decir misa en la habitación del piso bajo, señalada con el número 1 y que servía de capilla. Desde lo alto de sus ventanas, guardadas de barrotes y casi apoyadas en las murallas, cuya intermediación intercep-

taba á la vez el aire exterior y la luz del día, el príncipe divisaba una línea de cortinas, á cuya parte superior subíase por pendientes revestidas de césped. En medio del patio elevábase, como por un sarcasmo de la suerte, un árbol de la Libertad, plantado en 1793 por un individuo de la Convención (Bourdón de l'Oise).

Luis Napoleón se quejó al pronto con bastante viveza del trato que recibía, y el 22 de mayo de 1841 escribió á M. Vieillard: «Durante los nueve meses que he pasado en poder del gobierno francés, me he sometido con paciencia á sus indignos tratamientos de toda especie; pero ya no quiero prolongar por más tiempo un silencio que parecería una adhesión á las medidas opresoras de que soy objeto.....»

»Si el gobierno me trata como enemigo, si me priva de los medios de perjudicarle, no tendré motivo de queja; pero su conducta será inconsecuente si me trata como á un prisionero ordinario, á mí, hijo de rey, sobrino de un emperador y emparentado con todos los soberanos de Europa.

»Durante los primeros meses de mi cautividad érame prohibida toda especie de comunicación con el exterior, y en el interior hallábame reducido al más completo aislamiento. Desde que se autorizó á varias personas para verme, estas medidas restrictivas dentro de la prisión no pueden ya tener objeto; pero precisamente cuando han llegado á ser inútiles se les da, al parecer, más valor. Todo cuanto sirve para mi uso personal se somete cada día al más minucioso examen..... Semejante sistema de terror se ha puesto por obra en la guarnición y entre los empleados del castillo, de tal modo que nadie osa mirarme; de manera que un hombre ha de tener mucho valor para ser simplemente cortés. ¿Cómo podía ser de otro modo, cuando una mirada se considera como un crimen y cuando aquellos que quisieran dulcificar mi situación sin faltar á su deber, son denunciados á la autoridad y amenazados con la pérdida de su destino? En medio de esta Francia, que el jefe de mi familia ha engrandecido tanto, se me trata como se trataría á un excomulgado del siglo XIII..... Por una infinidad de medios que sería prolijo enumerar, parece que se tiene empeño en hacerme sentir mi cautividad cada minuto del día y en que resuene este grito fúnebre é incesante: ¡Ay de los vencidos!»

La conclusión de la carta era como sigue: «El tratamiento que sufro es, de consiguiente, á la vez injusto, ilegal é inhumano. Si se cree llegar así á someterme, se engañan; no es el ultraje, sino la benevolencia, lo que subyuga los corazones de aquellos que saben sufrir.»

Semejantes quejas eran exageradas: por lo que respecta al proceder del gobierno se debe reconocer, en efecto, que las autoridades de Ham adoptaron, no excesivas precauciones contra el prisionero, sino demasiado pocas, pues con una vigilancia más severa su evasión hubiera sido imposible. Es preciso confesar que Luis Napoleón fué tratado con bastantes consideraciones: se dejaron en su compañía dos de sus mejores amigos, el general Montholón y el doctor

Conneau, y además un criado cuya fidelidad era absoluta, Carlos Thélin, permitiéndose á éste salir de la fortaleza para ir á evacuar diligencias en la ciudad. Muchas personas fueron autorizadas para visitar al príncipe, y entre ellas monseñores Luis Blanc, Laity, Vieillard, Fouquier d'Hérouel, Degeorge, Calixto Souplet, Pauger, Capo de Feuillide, Poggioli, el barón Larrey, lord Malmesbury, sir Robert Peel, lady Cramford, etc.

Se permitió al prisionero mantener correspondencia con diversos diarios de provincia, en los cuales publicó gran número de artículos políticos; y concediósele además el uso de un jardín de unos cuarenta metros, situado en la muralla que conducía al torreón: allí cultivaba flores. Con este motivo escribió á monseñor Vieillard el 20 de febrero de 1841: «Lo que me ocupa mucho ahora es la jardinería. He podido labrar un pequeño espacio de tierra sobre una cortina, y allí siembro y planto arbustos. El placer que experimento al remover algunos metros cúbicos de tierra me hace pensar que nuestra naturaleza tiene no pocos recursos y consuelos, desconocidos á los que siempre fueron felices. Cuando perdemos un sentido, la Providencia quiere que su pérdida nos sea compensada con la perfección que adquieren los que nos quedan; y del mismo modo, aquel que ha perdido su libertad halla en los muros de su prisión, dentro de su escasa atmósfera, placeres que despreciaba cuando, libre, hollaba indistintamente bajo sus pies así los gérmenes de dolor como los de felicidad.» Los habitantes de Ham no dejaban de enviar á pedir al príncipe ramos de su jardín, y Luis Napoleón se complacía en remitírselos. Desde la parte superior de aquel jardín, que tocaba en el torreón, dominando la campiña, el príncipe divisaba á los transeúntes, y él mismo era visto desde abajo por una infinidad de personas que se interesaban por su suerte. Así es como casi todos los destacamentos de tropas que cruzaban por la ciudad de Ham se detenían al pie de la fortaleza para contemplar y saludar al prisionero.

También se permitió al príncipe comprar un caballo y practicar un poco la equitación en el interior del patio, donde se divertía en lanzar al galope su cuadrúpedo, en el glacis, y detenerle bruscamente en lo más alto de las murallas, al mismo borde del precipicio: la audacia del jinete admiraba á los paseantes.

Luis Napoleón distribuía numerosas limosnas á los pobres de Ham y estaba en la mejor inteligencia con el cura de la ciudad, encargado de sus liberalidades. M. Hachet-Souplet refiere que aún se recuerda en Ham que el príncipe ofrecía á menudo, los jueves, una merienda á los niños de las escuelas, á los cuales instalaba bajo un enorme tilo que ha llegado á ser legendario. Alguna vez se dió el caso de que les distribuyera medallas que representaban alegorías patrióticas; pero al rector de la Academia de Amiens le pareció esto mal; se presentó en Ham y reprendió enérgicamente á los maestros que habían tolerado semejante crimen. Podría decirse que durante su cautividad el futuro emperador desarrolló cuantos instintos de conspirador había en el fondo de su naturaleza, dedicándose en particular á seducir á todos aquellos con quienes se relacionaba, comen-

zando por el comandante de la fortaleza. Gracias á su dulzura, su afabilidad, su sencillez y su extremada cortesía, hizose amigo hasta de los mismos carceleros. Según dice M. Fernando Giraudeau, los soldados encargados de su custodia, que no debían hablarle, ni saludarle, ni levantarse delante de él, se ingeniaban para manifestarle secretamente su simpatía, y hasta varios de ellos le ofrecieron indirectamente favorecer su evasión. Cada semana se debían lavar las garitas para borrar los ¡*Viva Napoleón!* y ¡*Viva el emperador!*, que un lápiz sedicioso, pero anónimo, escribía durante la noche.... Era necesario, pues, cambiar á menudo la reducida guarnición del fuerte; y podemos decir que el prisionero tuvo más celo para conciliarse las simpatías de sus guardianes, de los soldados y de los habitantes de la ciudad de Ham, que para apoderarse más tarde de toda Francia. El general Montholón había obtenido permiso para que se alojase á su esposa en la fortaleza, y aquí fué donde vino al mundo su hijo, el conde de Montholón, actualmente ministro de Francia en Bruselas. Este último recogió en la herencia paterna varios objetos que recordaban su cautividad en Ham: un reloj pequeño de sobremesa, en bronce, con cuadrante dorado que representaba el Tiempo y su guadaña y en cuya base se habían trazado con un cortaplumas las siguientes palabras: «Luis Napoleón, Ham, 1841;» dos candeleros pequeños, dos copitas de bronce que constituían el adorno de la chimenea del príncipe, y el tintero de que hacía uso al redactar todas sus cartas y sus obras en su prisión. Lo más curioso es una sepia que representa la fortaleza por el lado de la puerta de entrada, con la firma «Napoleón L. B., 1840.» Añadamos los croquis siguientes, hechos por el general de Montholón, que no dejaba de tener aptitudes como dibujante: la fortaleza á vista de pájaro (1842); baluarte de la torre del condestable de Saint-Pol (el torreón); salón y alcoba del príncipe; jardín creado y cultivado por él; alcoba del general; salón de su esposa. ¿No serían estos dibujos las mejores ilustraciones de una prisión cuyo aspecto reconstituyen tan exactamente? Esta cautividad, que duró el mismo tiempo que la de Santa Elena, es seguramente mucho menos conmovedora, mucho menos poética; pero también tiene su interés. El prisionero de Santa Elena hacía de su roca el pedestal de una gloria gigantesca y resumía los recuerdos deslumbradores de su pasado. El prisionero de Ham hacía de su prisión un lugar de meditación y de estudio, una universidad, como él mismo dijo, donde terminaba silenciosamente su educación, preparando su porvenir político. La cautividad de Santa Elena es un epílogo; la de Ham, un prólogo.

## XXV

## LAS CARTAS DE HAM

Luis Napoleón escribió mucho: vamos á dirigir primero una ojeada á su correspondencia, y después á sus artículos en los diarios y á las obras que publicó durante su cautividad. La frase de Buffón: «El estilo es el hombre,» se aplica muy bien al príncipe, y su correspondencia permite comprender su carácter, sus ideas, sus esperanzas, sus ilusiones, su mezcla de pensamientos prácticos y de ensueños, de tristeza y de exaltación concentrada.

En 1841 el prisionero parecía resignado con su suerte, y en 13 de enero escribió á una gran dama inglesa: «Aquí estoy en mi lugar; con el nombre que llevo, necesito la sombra de un calabozo ó la luz del poder.» Y el 14 de agosto escribía: «Paso aquí la vida de una manera muy monótona, pues los rigores de la autoridad son siempre los mismos; pero no podría decir que me aburro, porque me he creado entretenimientos que me interesan. Escribo reflexiones sobre la historia de Inglaterra y además he formado un pequeño jardín en un rincón de mi cárcel.... No me quejo en modo alguno de la posición que me he creado, y me resigno completamente.»

Esta misma nota de resignación se halla en la carta dirigida á M. Vieillard el 17 de diciembre de 1841: «Muy poco falta para terminar el año; recibid mis felicitaciones para 1842; os deseo, así como á vuestra esposa, todo cuanto un amigo desea para otro. Por lo que á mí hace, no me compadezcáis, no tengo derecho para acusar á la suerte; mis desgracias son obra mía, y deplorarlas sería rebelarme contra mí mismo.»

El prisionero aceptaba con calma su situación; pero seguía persuadido de que su cárcel era el vestíbulo del palacio de las Tullerías, y mostraba tal tenacidad para la ejecución de su plan, que nada le desalentaba. He aquí lo que escribía á M. Vieillard el 10 de junio de 1842: «Me decís que trato de adelantar mi causa por efectos pueriles. ¡Ah, Dios mío!, el éxito depende de muchos infinitamente pequeños, que solamente al fin llegan á formar cuerpo y se cuentan por alguna cosa. Si vieseis un hombre abandonado y solo en una isla desierta, le diríais: «No tratéis de construir con troncos de árboles un esquife que la tempestad hará zozobrar; esperad á que la casualidad os traiga un barco libertador.» Yo le diría: «Emplead todos vuestros esfuerzos para obtener herramientas con que construir un barco; esta ocupación mantendrá vuestra moral; y siempre con un